

"CLARIDAD"

necesita el apoyo
espiritual y material
de los
hombres libres.



CLARIDAD no tiene opinión oficial
Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas.
Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos.
Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

LA REACCION CLERICAL

LA VISITA DEL CARDENAL BENLLOCH

Desde hace algunos días es huésped oficial de la República, el cardenal Juan Benlloch, personero, entre nosotros, de la anquilótica monarquía española y del Papado. A pesar del significado de su misión, los poderes públicos le han rendido inusitada pleitesía. Al paso del dignatario purpurado y moftetudo, una ola de fervor ha sacudido el alma gregaria y genuflexa de las multitudes. La creencia, soterrada bajo la cotidiana indiferencia, ha palpitado, rediviva, en el batir de palmas y en el trémolo litúrgico de las salmodias. Lo vimos a su llegada, cuando el río humano se abrió ante su eminencia, como las aguas del Jordán ante el pueblo elegido.

¿De dónde viene el cardenal Benlloch? ¿De allí donde el mar? No. Viene del fondo del pasado. Es de esa misma estirpe sombría, torva y sinuosa que desde el comienzo de nuestra era viene emporcando la pura y simple doctrina del Cristo, levantando obstáculos en el perfeccionamiento de la libertad y la aplicación de la justicia; denigrando las conquistas de la razón, y pretendiendo ahorrojar en las prisiones del dogma, los imperativos de la verdad. Miradlo bien. Es uno de ellos. Es el enemigo. Detrás de la sonrisa y de la teatralidad protocolares, está la voracidad del proselitismo, la condescendencia histórica, la intransigencia irremediable y avasallante de los que todavía sueñan con crucificar sobre todos los prejuicios el brío de la conciencia libre, la dignidad del pensamiento y la práctica progresiva de los principios republicanos.

El espíritu medioeval aplastado bajo las construcciones aparentemente firmes de la cultura moderna, revive con intensidad peligrosa. En todos los órdenes de la vida social y política se trata de volver atrás. Hay desconcierto. Hoy, el elemento que apoya con acción enérgica y constante un cuerpo compacto de doctrinas, tiene que triunfar. La Iglesia Católica es hábil y ha elegido el momento expectante para inocular el virus reaccionario. Como un día Brunetiere proclamó la bancarrota de la ciencia, la Iglesia proclama ahora, la bancarrota de la democracia. Apoya, en Italia, el fascismo, robustece en España con sus influencias increíbles el estúpido movimiento de Primo de Rivera. En la América ingenua tiende sus redes en la expectativa de próximas supremacías. ¿Quién, con una mediana visión de las circunstancias y de nuestra realidad social y política, se atreverá a decir, por ejemplo, que en Chile el problema del clericalismo es algo pasado que no conviene resucitar? Esa actitud es imbécil. Eso es entregarse, como reses a la dominación. La indiferencia es culpabilidad. El clericalismo, entre nosotros, se hace sentir en todas partes; es la fuerza negativa más compacta, más laboriosa y más peligrosa de todas las que minan el organismo nacional.

Congresos repetidos, afirman la confianza en el ideal común. Una propaganda pertinaz se filtra en la educación pública, en la asistencia social, en el hogar, en el cuartel. Y están solos, nadie opone la obligada resistencia. Trabajan el campo libre. Y nosotros los que queremos escupirles al rostro su impudicia y la protesta de la verdad, no tenemos medio al-

guno. Porque en Chile no hay ni siquiera prensa honrada que comprenda su misión. Los grandes diarios son empresas comerciales.

Algunos hay que se dicen liberales, y esos, movidos acaso por un vestigio de pudor doctrinario, por no aparecer en cueros ante los que necesitan mantener gratos por asuntos de banderías, inventan triquiñuelas grotescas, para poder halagar la basura empurpurada y besuqueante que nos envía la empresa Pío XI y Cía.

"Ustedes están equivocados—dicen—; nosotros saludamos, no al enviado del Vaticano sino al mensajero del rey de España" ¡Cómo si con eso se salvara algo! La República no debe inclinarse ante sus adversarios solapados. Aquí y allá y en todas partes, contra el Papa y contra el Rey.

Es necesario definir posiciones. Es urgente dar una batida implacable a los últimos reductos del oscurantismo clerical, limpiar completamente de su ingerencia la educación, alejarla de los hospitales, quebrantar su altanería de secta, establecer por la laicización integral del Estado, la verdadera tolerancia. Hoy más que nunca, es preciso obrar. Ellos trabajan, siembran, mueven voluntades, aumentan de nuevo su esfera de influencias. Nosotros, nos inhibimos en la estéril contemplación de los ideales; somos indiferentes al instante que pasa, al presente, a la actividad de cada día que es la que hace, al fin, los grandes acontecimientos. No sentimos la responsabilidad del porvenir. En Europa se desmoronan las instituc-

ciones democráticas al empuje de la reacción. En América siempre se ha imitado a Europa. La unión católica es aquí la primera organizada. Hay que combatirla. Hay que destruirla por la salud del pueblo. El Cardenal Benlloch no viene sólo a consagrar una basílica. Viene a renovar el fervor, a sacudir proselitismos dormidos, a unir más el rebaño clerical en torno a propósitos inmediatos. Pero debe saber, es imperativo que sepa el Eminentísimo señor Cardenal, que en Chile, cunden cada día los heresiarcas que ven en cada sota-na un peligro para la libertad y una mofa de la razón soberana.

"El Diario Ilustrado" decía: "Chile es un país católico." Aparentemente católico tal vez. Y esto debido a la indiferencia de los que pueden combatir a nuestro vicio colectivo por excelencia: la apatía.

En Chile, doctrinariamente, sólo trabajan los católicos. Pero no está lejano el día en que la imbecilidad clerical y reaccionaria se haga tan asfixiante que produzca —¡al fin!— la explosión de cólera que ha de aventar a los inútiles, a los menguados, a los que tratan de ahogar el futuro en el pantano del pasado.

Juan CRISTOBAL.

Suscripciones a Claridad

Chile	
Por un año.....	\$ 10.00
Por medio año.....	5.00
Exterior	
Por un año.....	15.00

Colecciones completas del año 1921 se encuentran a la venta al precio de 10 pesos cada una.

Toda correspondencia dirijase a
CARLOS CARO
Casilla 3323 — Santiago

"CLARIDAD"

Ha trasladado sus Oficinas a su nuevo local

Agustinas 728

La Visita Del Cardenal Benllech

Desde hace algunos días es huésped oficial de la República, el cardenal Juan Benllech, personaje, entre nosotros, de la anquilótica monarquía española y del Papado. A pesar del significado de su misión, los poderes públicos le han rendido inusitada pleitesía. Al paso del dignatario purpurado y moffetudo, una ola de fervor ha sacudido el alma gregaria y genuflexa de las multitudes. La creencia, seterrada bajo la cotidiana indiferencia, ha palpitado rediviva, en el batir de palmas y en el trémolo litúrgico de las salmodias. Le vimos a su llegada, cuando el río humano se abría ante su eminencia, como las aguas del Jordán ante el pueblo elegido.

¿De dónde viene el cardenal Benllech? ¿De allende el mar? No. Viene del fondo del pasado. Es de esa misma estérpe sombría, terva y sinuesa que desde el comienzo de nuestra era viene empercando la pura y simple doctrina del Cristo, levantando obstáculos en el perfeccionamiento de la libertad y la aplicación de la justicia; denigrando las conquistas de la razón, y pretendiendo aherrajar en las prisiones del dogma, los imperativos de la verdad. Miradle bien. Es uno de ellos. Es el enemigo. Detrás de la sonrisa y de la teatralidad protocolares, está la verasidad del preselitismo, la concupiscencia histórica, la intransigencia irremediable y avasallante de los que todavía sueñan con crucificar sobre todos los prejuicios el brío de la conciencia libre, la dignidad del pensamiento y la práctica progresiva de los principios republicanos.

El espíritu medioeval aplastado bajo las construcciones aparentemente firmes de la cultura moderna, revive con intensidad peligrosa. En todos los órdenes de la vida social y política se trata de volver a atrás. Hay desencanto. Hoy, el elemento que apoya con acción energética y constante un cuerpo compacto de doctrinas, tiene que triunfar. La Iglesia Católica es hábil y ha elegido el momento expectante para inocular el virus reaccionario. Como un día Brunetiere proclamó la bancarrota de la ciencia, la Iglesia proclama ahora, la bancarrota de la democracia. Apoya, en Italia, el fascismo, rebustece en España con sus influencias increíbles el estúpido movimiento de Primo de Rivera. En la América ingenua tiende sus redes en la expectativa de próximas supremacías. ¿Quién, con una mediana visión de las circunstancias y de nuestra realidad social y política, se atreverá a decir, por ejemplo, que en Chile el problema del clericalismo es algo pasado que no conviene resucitar? Esa actitud es imbécil. Ese es entregarse como besos a la dominación. La indiferencia es culpabilidad. El clericalismo, entre nosotros, se hace sentir en todas partes; es la fuerza negativa más compacta, más laboriosa y más peligrosa de todas las que minan el organismo nacional.

Congresos repetidos, afirman la confianza en el ideal común. Una propaganda pertinaz se filtra en la educación pública, en la asistencia social, en el hogar, en el cuartel. Y están solos, nadie opone la obligada resistencia. Trabajan el campo libre. Y nosotros los que queremos escurrirnos al restre su impudicia y la pretesta de la verdad, no tenemos medio alguno. Porque en Chile no hay ni siquiera prensa honrada que comprenda su misión. Los grandes diarios son en presas comerciales.

Algunos hay que se dicen liberales, y esos, nevados acase por un vestigio de poder doctrinario, por no aparecer en cueros ante los que necesitan mantener grates por asuntos de banderías, inventan triquiñuelas grotescas, para poder halagar la basura empurpurada y besuqueante que nos envía la empresa Pío XI y Cía.

"Ustedes están equivocados -dicen-: nosotros saludamos, no al enviado del Vaticano sino al mensajero del rey de España" ; Cómo si con eso se salvara algo; La República no debe inclinarse ante sus adversarios selapados. Aquí y allá y en todas partes, contra el Papa y contra el Rey.

Es necesario definir posiciones. Es urgente dar una batalla implacable a los últimos reductos del escurantismo clerical, limpiar completamente de su ingerencia la educación, alejarla de los hospitales, quebrantar su altanería de secta, establecer por la laicización integral del Estado, la verdadera tolerancia. Hoy más que nunca es preciso obrar. Ellos trabajan, siembran, mueven voluntades, aumentan de nuevo su esfera de influencias. Nosotros, nos inhibimos en la estéril contemplación de los ideales; somos indiferentes al instante que pasa, al presente, a la actividad de cada día que es la que hace, al fin, los grandes acontecimientos. No sentimos la responsabilidad del porvenir. En Europa se desmoronan las instituciones democráticas al empuje de la reacción. En América siempre se ha imitado a Europa. La unión católica es aquí la primera organizada, Hay que combatirla. Hay que destruirla por la salud del pueblo. El Cardenal Benlloch no viene sólo a consagrar una basílica. Viene a renovar el fervor, a sacudir preselitismos dormidos, a unir más el rebaño clerical en torno a propósitos inmediatos. Pero debe saber, es imperativo que sepa el Eminentísimo señor Cardenal, que en Chile, cunden cada día los heresiarcas que ven en cada setana un peligro para la libertad y una mofa de la razón soberana.

"EL Diario Ilustrado" decía: "Chile es un país católico" Aparentemente católico tal vez. Y esto debido a la digerencia de los que pueden combatir a nuestro vicio colectivo por excelencia : la apatía.

En Chile, doctrinariamente, sólo trabajan los católicos. Pero no está lejano el día en que la imbecilidad clerical y reaccionaria se haga tan asfixiante que produzca -¡al fin!- la explosión de cólera que ha de aventar a los inútiles, a los menguados, a los que tratan de ahogar el futuro en el pantano del pasado.